

Á LA MEMORIA
DEL ILUSTRE POETA MEXICANO

El Dr. D. Manuel Carpio.

EL ANGEL DE LOS BARDOS.

¿De dónde parte ese profundo acento
Que arranca llanto al corazón doliente,
Y que guarda temblando el tibio ambiente
Que el valle cruza pesaroso y lento?
¿De dónde el aura que glacial circula
En torno á nuestras pálidas mejillas,
Y que el grave dolor tanto estimula
De la honda eternidad á las orillas. . . ?
¡No lo digais. . . ! que el ánima no quiere
Desgarrar mas la herida
Que abrió la muerte que su duelo olvida. . . .
El silencio letal hora prefiere
El pecho en su congoja,
Que siente tibio el llanto en que se moja.
Silencio! que del cielo en el altura
Sobre nubes de gualda
Un ángel ya se mira
De exquisita hermosura,
Pero cubierto de luctuosas galas.

La brillante guirnalda
Que en las sienas tenia,
A sus plantas ha puesto con mesura.
Grandé Melancolía
En sus ojos se pinta,
Y de su rostro, pálida es la tinta.
Este ángel bello, con afán espera. . .
Un trono rutilante
A su lado se mira,
Lo ve llorando, y con dolor suspira.
Guarda silencio su divina boca,
Su planta apénas en la nube toca,
Súbito su mejilla
Que pálida hace poco que se viera,
Nácar se torna cual la gaya rosa
Que se alza en los pensiles magestosa;
Y su gallardo cuerpo
El ángel puro con placer inclina
Al tomar la guirnalda
Que brilla como límpida esmeralda.
De la tierra al vacío
Un genio en ese instante
Se eleva silencioso
Con talante divino y magestoso.
Lleva en la diestra mano
De diamante una lira
Con que calmaba el duelo del humano,
Y al contemplar el ángel, ya suspira.
Arde en divino fuego
Del genio la mirada,
Y en sus sienas se mira desde luego
La corona divina colocada.
De eterna inspiracion el rayo santo
Arde sobre su frente,
Y eleva allí ferviente
Su místico, sentido y bello canto.
A poco ¡oh dicha suma,
Qué al contemplarla solo aquí me abruma!

En medio de una luz intensa y bella
Velada de celajes carminados
Un grupo allá descuella
De arcángeles ternísimos y alados.

Le conoceis? le conoceis? Miradle!
Es el divino Carpio. . . .

¡Oid el eco de su lira hermosa!
Oid su voz alzarse cadenciosa,
Religiosa y sentida con dulzura;
Oid, oid su canto de ternura. . . .
Miradlo cuál se eleva
En hombros de los ángeles al cielo,
Su último canto oid, es de consuelo. . . .

¡Oid, bardos de Anáhuac deliciosos. . . !
¡Mas no. . . ! al borde de la yerta tumba
Estais del bardo cuya mano un día
El salterio pulsaba
Rico de inspiración y de armonía.

Ya no canteis, que por dó quier retumba
¡De gran dolor el eco. . . !
Suspirad nada mas, que el triste hueco
De su sepulcro helado
Repetirá el suspiro
Que va del alma con dolor lanzado.

.....
Acompañad el llanto
De las cándidas ninfas
Que el bosque dejan, llenas de quebranto,
Para llorar sentidas
Al bardo que las vió con gracia unidas.

Gemid, que en el otero
Y en la sonante selva ya se escucha
El lloro lastimero
De los trémulos céfiros vertido.

Gemid, que los jigantes
Montes que alzan sus cimas hasta el cielo,
Gimen también con indecible duelo.

Las diosas de las fuentes
Y los genios de amor de las cascadas
Tienen mustias las frentes,
Y en lágrimas bañadas
Sus mejillas un tiempo nacaradas.

Ya del valle sombrío
Las tiernas rosas su capullo cierran:
No quieren el rocío;
Y sus corolas con dolor entierran
En el césped regado
Con el llanto que vierten desolado.
¡Angustia hay nada mas, duelo dó quiera. . . !
Y el alma en su dolor tan solo mira
Esa llama postrera
Que ante la eternidad doliente expira.

Tras esa oscura puerta,
A cuyo borde canto,
Donde mi voz se pierde mustia y yerta;
Tras ese velo funeral que miro,
Hay una eternidad toda de glorial
Pero el alma que mira transitoria
La vida de este mundo,
Un ¡ay! exhala con dolor profundo.

¿Por qué tras esa entrada
Un Edén no descubre la mirada?
Ay! ¡que del pecho las sentidas fibras
Sienten solo el rocío,
Que vierte la amargura
Cuando huye una ilusión celeste y pural

¿Adónde, adónde el alma
Escuchará la voz omnipotente
Del místico poeta
Que alzaba orlada su tranquila frente?
¿Adónde los acentos
Con que sabio guiaba
Aquesta juventud que le adoraba?
¿Acaso los torrentes
Los llevan en sus senos transparentes?

¿Los guardaron los vientos?
 ¿En su seno los montes
 Acaso depositan ese acento?
 ¿Adónde, adónde se halla. . . ?
 ¡Silencio nada mas, silencio sientio!
 ¡Y el brazo con la lira se desmaya!
 Nada á mi voz responde;
 ¡En vano el pecho en su dolor se agita!
 —Jamás grande á tu lado
 Lo volverás á ver—responde un eco
 Tristísimo, lanzado
 De ese sepulcro oscuro desde el hueco!
 Entonce al corazón, cansado y seco
 Con lloro tanto como vierte ahora,
 Le queda nada mas desoladora
 Ausencia que le mata;
 ¡Y aun otra vez sus lágrimas desata!
 ¡El llanto nada mas nos queda empero!
 Llanto del corazón, que ardiente riega
 La tumba del poeta
 Que á escuchar nuestro acento no se niega,
 Aunque su labio mudo en este instante
 Con su dulce armonía no desplega.
 Mas nos escucha desde el trono santo
 Que Dios al bardo le destina solo;
 Hasta él se eleva nuestro tibio canto,
 Que llegará otra vez, de polo á polo.
 Ayl que ya triste en su pesar inclina
 Su mágica y espléndida cabeza
 Mi triste patria de sin par nobleza. . . !
 Y de Carpio la patria
 Era también, y llora tristemente,
 Porque está yerta su inspirada frente.
 Aun resuena en su oído
 El blando canto de su dulce lira,
 Que ya no amante con placer la arrulla
 Cual otro grato y memorable día.

Pero ella, fina y grande
 En cambio escribirá con letras de oro
 Su dulce nombre, cual su gran tesoro
 Lo mostrará ante el mundo,
 Y lo verán con estupor profundo:
 Jamás lo olvidará, y humilde el hombre
 Incensará la tumba donde empieza
 De otra vida la historia.
 Agobiado al mirar tanta grandeza,
 Adorará del bardo la memoria,
 Bajando con respeto la cabeza. . . .
 Mientras nosotros con dolor bajamos
 Los ojos, que con lágrimas bañamos. . . !
 Mientras á él, sobre fulgentes nubes
 Con el laurel ceñido en la alta frente,
 Su lira templan cándidos querubenes
 Que celebran su triunfo blandamente.

Febrero 17 de 1860.

ANTONIO M. ROMERO.



EN LA SENTIDA MUERTE

DEL MAGNÍFICO POETA

EL SR. D. MANUEL CARPIO.

He ahí tendido al sabio
Que á México en un día,
Con su elocuente labio
Le diera nombradía. . . .
Mas ya la muerte péfida
Su voz enmudeció.

La ciencia fué su agrado
Desde su edad primera:
En ella dedicado,
Seguia en su carrera
A los luceros fúlgidos
Y al sol que lo alumbró.

Despues la medicina
Cultivó su talento:
Dios luego lo destina
Allá en su puro asiento,
Para asistir al mísero
En lecho de dolor.

Visita de Helicon
Los montes escabrosos,
Y de una á la otra zona
Se escuchan armoniosos,
Sencillos y bellísimos
Sus versos sobre amor.

Cantando la Ley santa
Del Ser Omnipotente,
Su vuelo hácia El levanta
En alas de su mente,
Y sublime preséntanos
El paso del Jordan.

Mas tarde en su memoria
Los siglos se adelantan,
De Napoleon la historia
Sus labios puros cantan,
Olas nos pinta rápidas
Que á sepultarlo van.

Llora, patria querida,
La muerte congojosa
De la planta florida
De tu tierra preciosa,
Que rueden, sí, las lágrimas
Por tu angustiada faz.

El poeta que educado
Has en tu fértil seno,
Venga desconsolado
A dar tributo pleno
Al sabio que ora plácido
Ya goza eterna paz!

J. M. MALDA.

La *Sociedad* dijo lo siguiente del entierro:

"FUNERALES DEL SR. DR. D. MANUEL CARPIO.—Ayer, cerca de los cuatro y media de la tarde, salió del local de la Escuela de Medicina, y llegó al convento de San Fernando una hora y cuarto despues, el cadáver del Sr. Dr. D Manuel Carpio, llevado por los alumnos de la expresada Escuela, y acompañado de mas de 300 personas de riguroso luto, que iban á pié tras del ataud del sabio modesto y del eminente literato.

"Presidia la comitiva fúnebre el señor director de la Escuela de Medicina, y componian tal comitiva los alumnos de los diversos colegios, las comisiones de corporaciones científicas y literarias, casi todos los miembros de la Academia de Medicina, individuos del clero secular y regular, magistrados, militares, artistas, y en suma, los amigos del finado. Tras la comitiva formaban los coches inmensa fila, y no creemos exajerado decir, que irian los últimos por la calle de San Andres, cuando el ataud llegaba al atrio de la iglesia de San Fernando, donde fué recibido por el Consejo Superior de Salubridad.

"Puesto el cadáver en la capilla del claustro, donde ardian multitud de cirios, la comunidad toda de San Fernando, presidida por su guardian, acudió bajo cruz y ciriales á cantar los responsos, y la orquesta del profesor Delgado ejecutó una vigilia compuesta *ad hoc* por el Sr. Paniagua, segun se dijo. Terminada la vigilia, el cadáver fué conducido por la comunidad al Panteon, y ántes de ser inhumado, pronunciaron breves y sinceros elogios á la memoria del finado, los Sres. Ortega (D. Francisco) á nombre de la Escuela de Medicina; Reyes, á nombre del Consejo Superior de Salubridad; Jimenez (D. Miguel) á nombre de la Sociedad de Beneficencia Médica, y Leguía á nombre de la Academia de Medicina. Algunos jóvenes, entre quienes distinguimos á los Sres. Ortiz, Bandera, Vieyra y Romero, recitaron composiciones poéticas alusivas al acto, que terminó pocos minutos ántes de las ocho.

"En los funerales del Sr. Carpio se han hecho patentes el aprecio que la sociedad mexicana le profesaba, y la veneracion con que guardará su memoria."

COMPOSICIONES QUE NO FUERON LEIDAS

Y QUE HAN SIDO REMITIDAS

PARA ESTA CORONA.

EN LA SENTIDA MUERTE

DEL

SR. DR. D. MANUEL CARPIO.

Dando señales de mortal quebranto,
Lloran las ciencias al modesto sabio,
Cuyo inspirado y elocuente labio
Tomó del cielo su piadoso canto.

De amarga pena nuestras almas llenas,
Al verlo ya bajo la losa fria,
Lloremos ¡ay! como llorara un dia,
Sobre la tumba de Platon, Aténas.

¡Con cuánto afan su corazon ardiente
Lo bello y útil á la par buscaba!
¡Qué profundo saber se retrataba
En su serena y elevada frente!